

JOSEP FONTANA

Catedrático emérito, padre intelectual de muchos historiadores y autor de "El futuro es un país extraño" (Pasado&Presente, 2013).

"Se puede seguir la historia de EE.UU. a través de la lucha por conseguir implantar los seguros sociales".

ENTRE LA NIEBLA DEL DESCONCIERTO Y MUCHA MENTIRA INTERESADA, ES UN PRIVILEGIO CONTAR CON UNA MENTE TAN LÚCIDA COMO LA DEL PROFESOR JOSEP FONTANA, UN GRAN HISTORIADOR DE LA EDAD CONTEMPORÁNEA QUE HA DEDICADO LOS DOS ÚLTIMOS LIBROS DE SU LARGA CARRERA A ANALIZAR LOS ÚLTIMOS SETENTA AÑOS. SUS CONCLUSIONES SON CONTUNDENTES.

FRANCISCO LUIS DEL PINO Periodista.

JOSEP FONTANA (BARCELONA, 1931) está considerado un maestro indiscutible de historiadores; su trayectoria profesional desde sus inicios como profesor de Historia Económica en la Universidad de Barcelona hasta la cátedra de la misma disciplina en las Universidades de Valencia y la Autónoma de Barcelona, no ha hecho más que acreditar su solidez intelectual y una honradez profesional.

Entre su obra publicada, que se aproxima a la treintena de títulos, se encuentran libros de investigación histórica sobre el mundo contemporáneo español y europeo, de síntesis y de teoría de la historia de referencia. Son reconocidos sus trabajos sobre *La quiebra de la monarquía absoluta (1814-1820)*; *La crisis del Antiguo Régimen*; *Europa ante el espejo o Hacienda y Estado 1823-1833*. Goza de un buen prestigio internacional, ganado por su entrega, rigor y profundidad en su trabajo. Pero, precisamente, si hay algo que disguste al profesor Fontana es cualquier mención a sus méritos. Y lo deja claro desde el principio, con una cierta sequedad, que se funde en la distancia corta, dando paso a una sobria amabilidad.

EL SUEÑO DE LA "CARTA ATLÁNTICA"

Sentado en su despacho observa y espera la primera pregunta que debería tratar sobre sus dos últimos libros publicados: *Por el bien del Imperio. Una historia del mundo desde 1945* (noviembre de 2011) y el más reciente, de hace un año, *El futuro es un país extraño. Una reflexión sobre la crisis social de comienzos del siglo XXI* (febrero de 2013), ambos publicados por la editorial especializada Pasado&Presente. El profesor Fontana tiene una mirada seria y un tono de voz acorde a una personalidad recia, que se hace más distendido en cuanto entramos en materia.

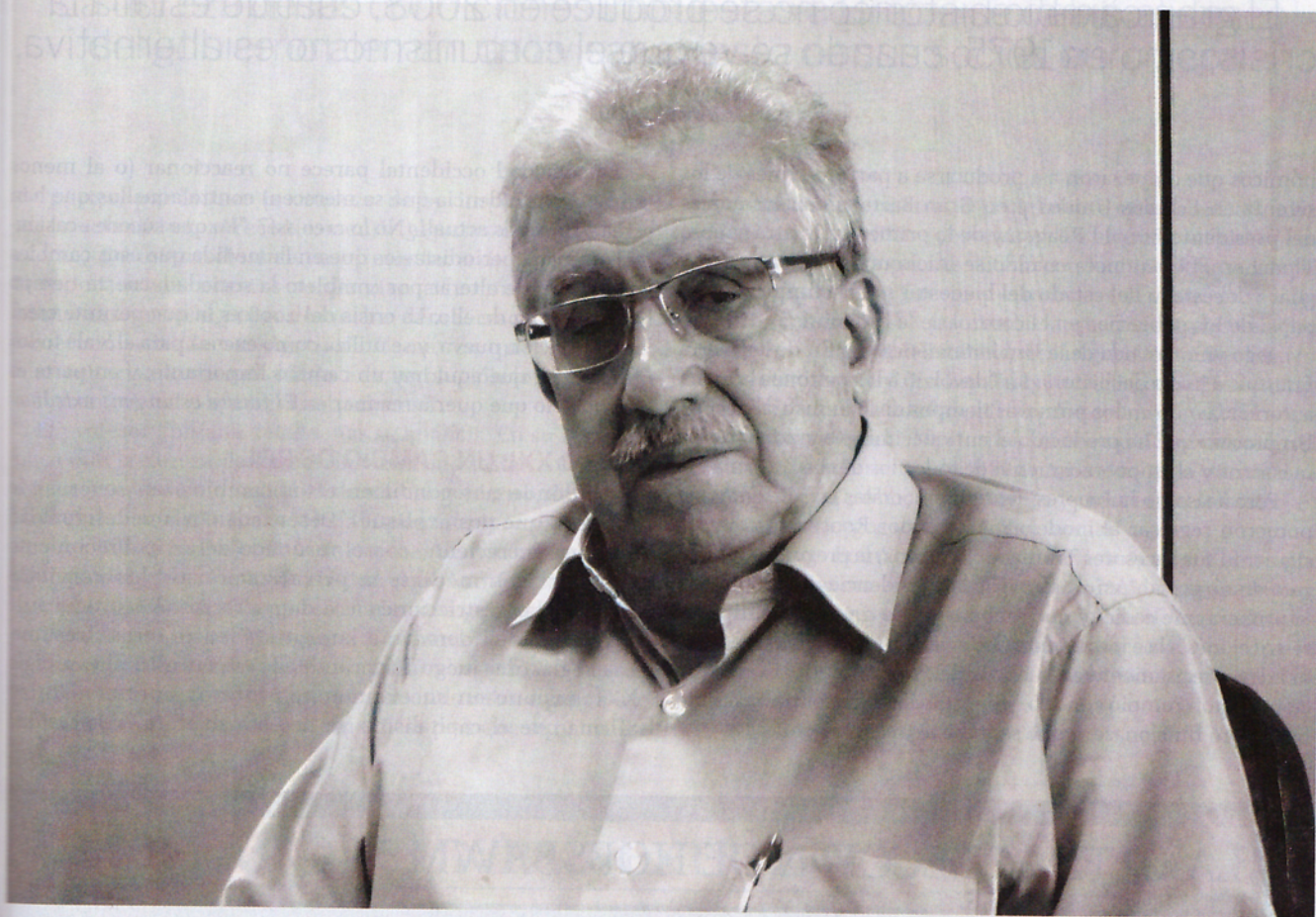
El primero de los libros, *Por el bien del Imperio*, incide en la decepción de las promesas incumplidas por las grandes democracias occidentales en la Carta del Atlántico (un 14 de agosto de 1941 sobre el acorazado *USS Augusta*) en un programa

que debía garantizar la extensión de la democracia a todo el mundo, y con ella la extensión de los beneficios de la libertad a toda la Humanidad. Y por ahí le realizamos la primera cuestión: ¿Cree, por lo tanto, que la Carta del Atlántico que firmaron Roosevelt y Churchill a favor de la democracia mientras el mundo estaba al borde del colapso ante Hitler se escribió de una forma cínica? le preguntamos, a lo que contesta tajante: "No, no por parte de Franklin D. Roosevelt, pero sí en lo que concierne a Winston Churchill. Cuando el premier británico hablaba del tema con el presidente norteamericano, al mismo tiempo era capaz de comentar que no creía en el sufragio universal, por ejemplo, para los hotentotes; o sea, que a Churchill le importaba un cuerno, ralmente, la democracia".

Las diferencias entre ambos firmantes de la Carta del Atlántico para la extensión de la democracia parecen evidentes para el profesor Fontana, sin olvidarnos tampoco que este acuerdo sobre todo tenía el objetivo de afianzar las relaciones de británicos y norteamericanos en un momento particularmente duro de la historia de Europa. Pero, en este punto de pareceres distintos, interesa saber porqué para Roosevelt era importante esta pretensión. "Con el *New Deal* el presidente norteamericano había ya intentado encontrar una vía de salida hacia un capitalismo más o menos civilizado. Su proyecto fue continuado por otro hombre como Harry S. Truman que, a pesar de todo, luchó por él con la oposición del Partido Republicano".

Y aquí el profesor Fontana hace un inciso con tono grave. "Se puede estudiar la historia de los Estados Unidos a través de la lucha por conseguir implantar los seguros sociales. Truman fracasó pero su proyecto lo continuó Lyndon B. Johnson, quien dio más pasos adelante: la lucha contra la pobreza, la extensión de la educación".

Volviendo al tema de la Carta del Atlántico, ¿qué juzga más negativo de ella, y de su incumplimiento? El viejo profesor me mira circunspecto, y rápidamente explica: "En el momento de



su redacción había un acuerdo importante sobre cómo debía ser el final de la guerra: la exigencia de rendición incondicional. Eso seguramente prolongó la duración de la contienda, por lo menos en el caso de Japón. Por otro lado, la Carta del Atlántico no pienso que fuera exactamente un programa político a aplicar. En todo caso, eran unos planteamientos que debían desarrollarse, tras la guerra, en unas nuevas Naciones Unidas que sí debían tener un programa a llevar a cabo”.

Tras una larga pausa, el profesor Fontana nos explica que fue tras décadas de superación de la Segunda Guerra Mundial y tras saber hasta dónde podía llegar la Guerra Fría cuando se produjo en realidad el cambio de trayectoria que se había pactado en el acorazado *USS Augusta* en 1942: “Yo lo que pienso es que la ruptura histórica importante se produjo en los años setenta. Se puede decir *grosso modo* que en 1975, tras estallar la crisis del petróleo, se crearon unas circunstancias nuevas en las que estaba claro que la amenaza del comunismo ya no era creíble. Ya nadie estaba tratando de montar revoluciones en los países desarrollados. Por tanto, se había acabado el miedo a un enemigo que pudiera subvertir el mundo”.

DESENREDAR LA MADEJA

Casi sin percatarnos, Fontana nos adentra en su último libro, *El futuro es un país extraño*. Un ensayo que a su juicio no debería interpretarse como una continuación de *Por el bien del Imperio* “sino más bien, como una conclusión”. En él, su autor repasa, sin concesiones, las políticas que se están desarrollando en este nuevo siglo XXI y sus consecuencias, la

crisis económica como fondo, y la denuncia de la retórica que intenta justificar lo que “no es más que una alteración permanente de nuestros derechos sociales encaminada a liquidar definitivamente lo que resta del estado del bienestar y asegurar la nueva sociedad de la desigualdad”, afirma.

El historiador conecta esta reflexión sobre la actualidad con una más teórica ligada a una noción de progreso que se había consolidado en los dos últimos siglos en las universidades occidentales. Si bien acepta que éste se ha producido en los últimos doscientos cincuenta años en el terreno de las libertades y del bienestar de la mayoría de la población occidental, precisa que “este progreso no responde a la consecuencia de una regla interna de la evolución humana, al contrario, es producto de numerosas luchas colectivas”. Y es categórico al manifestar que “ni las libertades políticas ni las mejoras económicas se consiguieron por una concesión de los grupos dominantes, sino que se obtuvieron al precio de revueltas y revoluciones”.

No obstante, el profesor Fontana afirma que la actual situación fue preparada hace más de tres décadas, y mantiene la tesis que “la gran mutación histórica” (que se está viviendo actualmente) no tiene su principio en el año 2008, cuando estalló la actual crisis económica, sino que este gran cambio tuvo lugar en los años setenta del siglo pasado.

El profesor recuerda que sin la fuerza negociadora de los sindicatos nunca hubiera habido realmente un estado del bienestar en Occidente. En este sentido, añade que en Europa continental la movilización sindical de los ochenta y los noventa consiguió retrasar unos años unos profundos cambios sociales y eco- ►►

El gran cambio histórico no se produce en 2008, cuando estalla la crisis, sino en 1975, cuando se ve que el comunismo no es alternativa.

nómicos que empezaron a producirse a partir de fines de los setenta en Estados Unidos y en Gran Bretaña con los avales del presidente Ronald Reagan y de la primera ministra señora Thatcher. Fue entonces cuando se inició una política de “desguace del estado del bienestar y de la limitación del papel de los gobiernos en el control de la economía”.

Luego vino la caída de la Unión Soviética y el fin de la Guerra Fría, que a juicio del historiador “devolvió a los patronos la plena autoridad como en los primeros tiempos de la industrialización. Un proceso que ha producido el enriquecimiento gradual de los más ricos y el empobrecimiento de todos los demás”, afirma.

¿Pero acaso no hubo presidentes demócratas tras Reagan que pudieron regresar al modelo marcado por Roosevelt, como sí siguieron sus sucesores Truman o Johnson?, le preguntamos con cara de sorpresa. “Así es. Pero fue la presidencia de Bill Clinton la primera que cedió, y que acabó dejando a un lado el tipo de restricciones a la especulación financiera que se habían fijado en una ley, precisamente en la época del *New Deal*. La administración Clinton rompió con eso, y dejó que esa economía de casino financiero funcionase, y que se fuera al traste lo demás”.

La sociedad occidental parece no reaccionar (o al menos con la contundencia que se merecen) contra aquellos que han creado la crisis actual. ¿No lo cree así? “Lo que sucede –casi interrumpe al periodista– es que en la medida que esos cambios no acaban de alterar por completo la sociedad, cuesta tiempo darse cuenta de ello. La crisis del 2008 es la que permite crear una situación nueva, y se utiliza como excusa para el ‘vale todo’. Me parece que aquí hay un cambio importante, y en parte es un poco lo que quería razonar en *El futuro es un país extraño*.”

SIGLO XXI: UN CAMBIO DE ROL

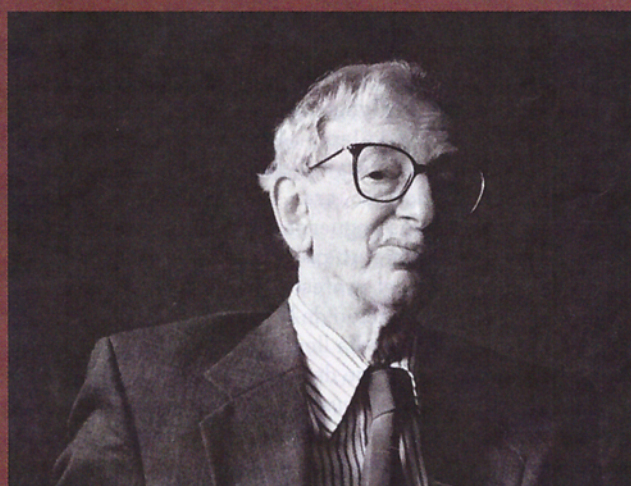
¿Y a dónde nos conducen estos cambios tan severos? le pedimos que nos explique. “Desencadenan una desigualdad económica creciente, con el resultado del empobrecimiento de las clases medias, la privatización de los servicios sociales, las restricciones a la democracia y los intentos de criminalizar el derecho a la protesta, entre otros”, resume. Las reglas del juego han cambiado ya en este nuevo siglo XXI, expone en su examen el profesor Fontana; quien afirma que el capitalismo ya no está sujeto a la necesidad

LA ÚLTIMA LECCIÓN DE HOBSBAWM

Eric Hobsbawm, el gran historiador fallecido en octubre de 2012, fue uno de los grandes referentes del profesor Fontana, al que además éste conoció personalmente. Sus ojos muestran un casi imperceptible agrado cuando le preguntamos por el legado de Hobsbawm: “Sí, en efecto, le conocí personalmente. Hobsbawm ha muerto a una edad en que ha tenido la suerte de poder concluir su obra (todavía hay un libro suyo por publicar). Pero lo importante en este gran historiador fue la forma como logró sobrevivir a la campaña de invisibilización que a partir de los años setenta cayó sobre todo aquello que pudiera llevar una denotación de marxista”.

¿Pero hoy es respetado? “¡No hay más que ver esa paradoja que se produce ahora! Un historiador de derecha dura como es Niall Ferguson, prácticamente un energúmeno en el terreno político y que hizo campaña contra Obama, sin embargo, a la muerte de Hobsbawm expresó su aprecio por este historiador. Fergusson sostiene ahora que quien quiera aproximarse al conocimiento del mundo contemporáneo debe leer, sin duda, a este historiador británico.”

La desaparición de Hobsbawm ha dejado un vacío indudablemente en el mundo de los historiadores. ¿Hay alguna otra figura que se le asemeje en estos momentos por la calidad de sus trabajos? Josep Fontana se muestra dubitativo, y tarda en responder. Cuando lo hace, su voz denota la reflexión hecha en su interior: “No sé. Sigue habiendo trabajos interesantes. Hay gente importante que ha aportado ideas, aunque tal vez no es tan conocida en ámbitos populares”. Para luego añadir: “Existe un movimiento que está conduciendo



a dos líneas importantes de investigaciones; una arrinconar completamente la vieja fijación que los marcos estatales de la actualidad se prolongaban hacia atrás artificialmente y que hace replanteamientos de la propia historia europea no como una historia de estado. Otra, y dado que el eurocentrismo se ha ido al garete, es la de una historiografía que parte de maneras distintas de entender el mundo, y que ha vuelto a situar, por ejemplo, Oriente dentro de la historia mundial de una manera mucho más clara. Esta nueva manera de hacer historia sitúa el sudeste asiático, de China, Japón, no como un apéndice de Occidente”.

La dureza de las condiciones impuestas a Grecia se debió al deseo del gobierno alemán de avisar al resto de sus socios europeos.

de pactar, por lo que la crudeza de su imposición brutal en la actualidad, parece desmentir algunas creencias. “En efecto, desmiente la falacia alimentada durante mucho tiempo que sus normas se dirigían a la consecución del bienestar general, cuando se ha demostrado que es el beneficio privado su objetivo”. Y matiza que “no fue el humanitarismo, sino el miedo a la revolución lo que obligó a al gran capital a admitir limitaciones”.

El profesor Fontana detalla más su análisis. En su libro, explica que la dureza de las condiciones impuestas a Grecia se debieron en buena medida al deseo del gobierno alemán de enviar al resto de los países de la Unión Europea un aviso de lo que podía pasarles si no eran capaces de hacer frente a las deudas contraídas. Pero, además, dice que lo más negativo fue que esas instrucciones para recortar gastos y pagar deudas no se basaban en un programa que tuviera como principal fin asegurar la cohesión social y garantizar el estado del bienestar. Por ello acabaron, como todo el mundo sabe, dando paso a una debacle económica y social en ese país que se ha exten-

dido a todo el continente, especialmente en el Mediterráneo.

Más todavía, Fontana desvela que “la hipocresía de estas exigencias resultaba evidente ante la conducta de Alemania que, a la vez que pedía a Grecia que recortase el gasto en sanidad pública, condicionaba las ayudas a que mantuviese sus adquisiciones de armas alemanas, de las que Grecia es el mayor comprador europeo”. En España, y ante el recrudecimiento de la crisis y la incapacidad de ofrecer los servicios y ayudas que requiere la sociedad, el historiador advierte: “Quienes piensen que el endurecimiento de la represión será una garantía de la tranquilidad pública ignoran las lecciones de la historia y desafían los riesgos de un estallido social”.

El profesor Fontana, un tanto nervioso porque el tiempo se le echa encima ante una agenda apretada, se disculpa al despedirme. A mis espaldas se oye el rumor de una voz culta, que ama tanto su trabajo como la verdad histórica. Una redundancia, reconozco, mientras intento orientarme en el río de escaleras y pisos de la universidad. ▀

EL FUTURO ES UN PAÍS EXTRAÑO

Si *Por el bien del Imperio. Una historia del mundo desde 1945* (noviembre de 2011) incide en la historia del mundo en la segunda mitad del siglo XX, en *El futuro es un país extraño* (febrero de 2013) Fontana entra de lleno en la historia del siglo XXI y en el actual tablero mundial. El historiador cuenta en este último libro sobre la escalofriante cifra de más de mil millones de personas que pasan diariamente hambre, la mayoría en Asia –debido, en gran parte, al drástico incremento de los precios de los alimentos– que también esta tragedia, lejos de arreglarse, está creciendo porque el problema del hambre se relaciona con la expansión del desarrollo de la agricultura industrial, que promueve el monocultivo y el acaparamiento masivo de tierras. “Esta expropiación de tierras es actualmente un fenómeno global impulsado por las elites locales, nacionales y transnacionales, las corporaciones y los inversores, con el apoyo de algunos gobiernos y con el objetivo de controlar los recursos más valiosos”.

En un mundo de desigualdad creciente, en que el 20 por ciento del conjunto de los habitantes del planeta que residen en los países desarrollados consumen el 80 por ciento de los recursos totales, y en el que los dos mil millones de los más pobres ven agravada su situación por el paro, repasa el historiador el desigual progreso de África y sus gobiernos corruptos, alentados desde el exterior en muchas ocasiones por intereses varios. No olvida ningún país en su examen, como el caso de Sudáfrica: “La masacre del día 16 de agosto de 2012, de 34 mineros en Marikana, estaba destinada a mantener ‘flexible’ el mercado de trabajo, lo que parece volvernos al tiempo de las matanzas de Sharpeville”.

El libro analiza el impacto de la crisis económica en Occidente así como el irresistible ascenso que ha vivido Asia en los últimos años, en los que China pasa a ser una referencia importante: “De 2000 a 2008 China graduó más del doble de titulados en ciencia y tecnología que los Estados Unidos, donde estas cifras seguirán disminuyendo, si se cumplen los planos de reducir la inversión del estado en educación”.

Fontana entra de lleno en América Latina, donde reconoce “que disminuye la desigualdad y mejoran las clases medias, gracias a un crecimiento que hay que atribuir a una política económica expansiva”. Pero no omite en su análisis lugares como el “triángulo norte” de Guatemala, Honduras y El Salvador, “que es probablemente la zona más mortífera del mundo”. También se ocupa en su ensayo del mundo árabe con sus frustradas primaveras, y las guerras que afectan a Siria, Iraq y Afganistán. Un proyecto de guerra para el futuro con Irán como objetivo; y un nuevo estilo de guerra, basada en la electrónica y las nuevas tecnologías, pero que no ha resuelto los problemas del viejo estilo de la Guerra Fría, “sigue habiendo cerca de 20.000 armas nucleares” a crisis del capitalismo, con sus injusticias, resistencia y protestas cierran un ensayo tan crítico como profundamente investigado. Necesario para no cerrar los ojos ante lo que se avecina, y poder actuar en consecuencia.

